



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 9 de febrero de 2000

La gloria de la Trinidad en la historia

1. Como habéis escuchado en la lectura, este encuentro ha tomado como punto de partida el "Gran Hallel", el salmo 136, que es una solemne letanía para solista y coro: es un himno al *hesed* de Dios, es decir, a su amor fiel, que se revela en los acontecimientos de la historia de la salvación, particularmente en la liberación de la esclavitud de Egipto y en el don de la tierra prometida. El Credo del Israel de Dios (cf. *Dt* 26, 5-9; *Jos* 24, 1-13) proclama las intervenciones divinas dentro de la historia humana: el Señor no es un emperador impasible, rodeado de una aureola de luz y relegado en los cielos dorados. Él observa la miseria de su pueblo en Egipto, escucha su grito y baja para liberarlo (cf. *Ex* 3, 7-8).

2. Pues bien, ahora trataremos de ilustrar esta presencia de Dios en la historia, a la luz de la revelación trinitaria, que, aunque se realizó plenamente en el Nuevo Testamento, ya se halla anticipada y bosquejada en el Antiguo. Así pues, comenzaremos con el Padre, cuyas características ya se pueden entrever en la acción de Dios que interviene en la historia como padre tierno y solícito con respecto a los justos que acuden a él. Él es "padre de los huérfanos y defensor de las viudas" (*Sal* 68, 6); también es padre en relación con el pueblo rebelde y pecador.

Dos páginas proféticas de extraordinaria belleza e intensidad presentan un delicado soliloquio de Dios con respecto a sus "hijos descarriados" (*Dt* 32, 5). Dios manifiesta en él su presencia constante y amorosa en el entramado de la historia humana. En Jeremías el Señor exclama: "Yo soy para Israel un padre (...) ¿No es mi hijo predilecto, mi niño mimado? Pues cuantas veces trato de amenazarlo, me acuerdo de él; por eso se conmueven mis entrañas por él, y siento por él una profunda ternura" (*Jr* 31, 9. 20). La otra estupenda confesión de Dios se halla en Oseas:

"Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. (...) Yo le enseñé a caminar, tomándolo por los brazos, pero no reconoció mis desvelos por curarlo. Los atraía con vínculos de bondad, con lazos de amor, y era para ellos como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer. (...) Mi corazón está en mí trastornado, y se han conmovido mis entrañas" (*Os 11, 1. 3-4. 8*).

3. De estos pasajes de la Biblia debemos sacar como conclusión que Dios Padre de ninguna manera es indiferente frente a nuestras vicisitudes. Más aún, llega incluso a enviar a su *Hijo* unigénito, precisamente en el centro de la historia, como lo atestigua el mismo Cristo en el diálogo nocturno con Nicodemo: "Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él" (*Jn 3, 16-17*). El Hijo se inserta dentro del tiempo y del espacio como el centro vivo y vivificante que da sentido definitivo al flujo de la historia, salvándola de la dispersión y de la banalidad. Especialmente hacia la cruz de Cristo, fuente de salvación y de vida eterna, converge toda la humanidad con sus alegrías y sus lágrimas, con su atormentada historia de bien y mal: "Cuando sea levado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (*Jn 12, 32*). Con una frase lapidaria la carta a los Hebreos proclamará la presencia perenne de Cristo en la historia: "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre" (*Hb 13, 8*).

4. Para descubrir debajo del flujo de los acontecimientos esta presencia secreta y eficaz, para intuir el reino de Dios, que ya se encuentra entre nosotros (cf. *Lc 17, 21*), es necesario ir más allá de la superficie de las fechas y los eventos históricos. Aquí entra en acción el *Espíritu Santo*. Aunque el Antiguo Testamento no presenta aún una revelación explícita de su persona, se le pueden "atribuir" ciertas iniciativas salvíficas. Es él quien mueve a los jueces de Israel (cf. *Jc 3, 10*), a David (cf. *1 S 16, 13*), al rey Mesías (cf. *Is 11, 1-2; 42, 1*), pero sobre todo es él quien se derrama sobre los profetas, los cuales tienen la misión de revelar la gloria divina velada en la historia, el designio del Señor encerrado en nuestras vicisitudes. El profeta Isaías presenta una página de gran eficacia, que recogerá Cristo en su discurso programático en la sinagoga de Nazaret: "El Espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, pues Yahveh me ha ungido, me ha enviado a predicar la buena nueva a los pobres, a sanar los corazones quebrantados, a anunciar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad, y a promulgar el año de gracia de Yahveh" (*Is 61, 1-2; cf. Lc 4, 18-19*).

5. El Espíritu de Dios no sólo revela el sentido de la historia, sino que también da fuerza para colaborar en el proyecto divino que se realiza en ella. A la luz del Padre, del Hijo y del Espíritu, la historia deja de ser una sucesión de acontecimientos que se disuelven en el abismo de la muerte; se transforma en un terreno fecundado por la semilla de la eternidad, un camino que lleva a la meta sublime en la que "Dios será todo en todos" (*1 Co 15, 28*). El jubileo, que evoca "el año de gracia" anunciado por Isaías e inaugurado por Cristo, quiere ser la epifanía de esta semilla y de esta gloria, para que todos esperen, sostenidos por la presencia y la ayuda de Dios, en un mundo

nuevo, más auténticamente cristiano y humano.

Así pues, cada uno de nosotros, al balbucear algo del misterio de la Trinidad operante en nuestra historia, debe hacer suyo el asombro adorante de san Gregorio Nacianceno, teólogo y poeta, cuando canta: "Gloria a Dios Padre y al Hijo, rey del universo. Gloria al Espíritu, digno de alabanza y todo santo. La Trinidad es un solo Dios, que creó y llenó todas las cosas..., vivificándolo todo con su Espíritu, para que cada criatura rinda homenaje a su Creador, causa única del vivir y del durar. La criatura racional, más que cualquier otra, lo debe celebrar siempre como gran Rey y Padre bueno" (*Poemas dogmáticos, XXI, Hymnus alias: PG 37, 510-511*).

Saludos

Doy mi cordial bienvenida a todos los participantes de lengua española. De modo especial saludo a los componentes de la Misión Libanesa Maronita en Argentina, al grupo de vinicultores españoles y a los peregrinos de San Felipe (Chile). Que la gracia del Espíritu Santo, en este Año jubilar, os fortalezca para ser luz del mundo en vuestros ambientes. Muchas gracias.

Saludo ahora a los peregrinos de lengua italiana, de modo especial a los de la diócesis de Massa Carrara-Pontremoli, acompañados de su obispo, mons. Eugenio Binini. Queridísimos hermanos, os doy las gracias por vuestra grata visita y os manifiesto mi profundo agradecimiento por esta iniciativa jubilar. Deseo de corazón que la memoria de la encarnación del Hijo de Dios y de la salvación realizada con su muerte y resurrección fortalezca vuestro compromiso diario de testimonio evangélico.

(A los jóvenes, enfermos y recién casados)

Pensando en la fiesta de la santísima Virgen de Lourdes, que celebraremos el 11 de febrero próximo, quisiera invitaros, queridos *jóvenes*, a encomendaros siempre a la materna protección de María, a fin de que os ayude a conservar un corazón generoso, disponible y lleno de entusiasmo apostólico.

Que la santísima Virgen de Lourdes, a cuya intercesión recurren con confianza numerosos enfermos en el cuerpo y en el espíritu, dirija sobre todos vosotros, queridos hermanos y hermanas *enfermos*, su mirada de consuelo y esperanza, y os ayude a llevar vuestra cruz de cada día en unión íntima con la cruz redentora de Cristo.

Que María os acompañe, queridos *recién casados*, en vuestro camino, para que vuestras familias sean comunidades de intensa vida espiritual y de testimonio cristiano concreto.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana